

LA CRISTIANDAD EN LA HORA DE LA ENFERMEDAD

Thomas HALIK (sacerdote católico, filósofo y profesor universitario checo)

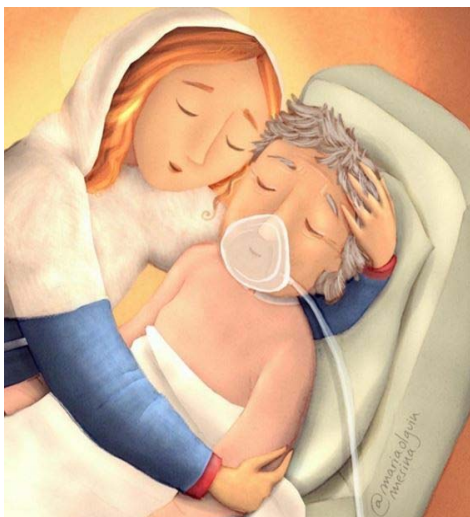
Nuestro mundo está enfermo. No solo me refiero a la pandemia del coronavirus, sino al estado de nuestra civilización tal como se revela en este fenómeno global. En términos bíblicos: es un signo de los tiempos. ¿Qué tipo de desafío representa esta situación para el cristianismo, para la Iglesia, uno de los primeros "actores mundiales" y para la teología?

El año pasado, justo antes de Pascua, la catedral de Notre Dame en París estaba en llamas.

Este año, durante la Cuaresma, no hay servicios religiosos en cientos de miles de iglesias en varios continentes, ni en sinagogas y mezquitas. Como sacerdote y teólogo, reflexiono sobre estas iglesias vacías o cerradas y veo en ellas una señal y un desafío de Dios. ¿No ha llegado el momento de una reforma profunda, más allá del miedo?

Al comienzo de esta inusual temporada de Cuaresma, muchos de nosotros pensamos que esta epidemia causaría un colapso generalizado a corto plazo, una ruptura en el funcionamiento normal de la sociedad, que íbamos a superar de una forma u otra, y que pronto todo volvería a la normalidad, es decir, como era antes. Este no será el caso. Y no sería bueno hacerlo. Después de esta experiencia global, el mundo ya no será el mismo que solía ser, y probablemente no debería serlo.

Durante grandes calamidades, es natural preocuparse primero por las necesidades materiales para sobrevivir, pero uno no vive solo de pan. El inevitable proceso de globalización parece haber alcanzado su punto máximo: la vulnerabilidad general de un mundo global ahora es obvia. Ha llegado el momento de examinar las implicaciones más profundas de este golpe para la seguridad de nuestro mundo.



La Iglesia como hospital de campaña

Esta vez también ha llegado para el cristianismo, para la Iglesia y para la teología. La Iglesia debería ser un "hospital de campaña", como sugiere el Papa Francisco. Con esta metáfora, el

Papa quiere decir que la Iglesia, lejos de permanecer separada del mundo en un espléndido aislamiento, debe liberarse de sus fronteras y brindar ayuda donde las personas están física, mental y socialmente y espiritualmente afligidas. Sí, así es como la Iglesia puede arrepentirse de las heridas infligidas por sus representantes más débiles, incluso recientemente. Pero tratemos de pensar más profundamente sobre esta metáfora y confrontarla con la vida real.

Para que la Iglesia sea un "hospital", debe proporcionar servicios de salud, sociales y de beneficencia, lo que ha hecho desde los albores de su historia. Pero, como cualquier buen hospital, también tiene otras tareas que cumplir: diagnóstico (identificando los "signos de los tiempos"), prevención (creando un "sistema inmunológico" en una sociedad plagada de virus malignos del miedo, odio, populismo y nacionalismo) y convalecencia (superando traumas pasados con perdón).

Iglesias vacías: una señal y un desafío

Comprender el lenguaje de Dios en los eventos de nuestro mundo requiere el arte del discernimiento espiritual, que a su vez requiere un desprendimiento contemplativo de nuestras emociones y prejuicios intensos, así como proyecciones de nuestros miedos y deseos. En tiempos de desastre, los "agentes dormidos de un Dios malvado y vengador" esparcen el miedo y obtienen capital religioso para sí mismos (ver Michel Grandjean Cuando el infierno moraba en la Edad Media). Su visión de Dios ha traído agua al molino del ateísmo durante siglos. En tiempos de desastres, no veo a Dios como un director lleno de ira, instalado detrás de la escena de los eventos de nuestro mundo, sino más bien como una fuente de fortaleza, que opera entre aquellos que muestran solidaridad y amor desinteresado. En tales situaciones, incluidas aquellas que no actúan por "motivación religiosa". Dios es amor humilde y discreto. Aún así, no puedo evitar preguntarme si el tiempo de las iglesias vacías y cerradas no es una especie de advertencia sobre lo que podría suceder en un futuro no muy lejano: eso es lo que podría ocurrir en pocos años en una gran parte de nuestro mundo. ¿No hemos sido advertidos de lo que está sucediendo en muchos países, donde cada vez más iglesias, monasterios y seminarios están vaciando y cerrando sus puertas? ¿Por qué durante tanto tiempo hemos atribuido este desarrollo a las influencias externas ("el tsunami secular") en lugar de entender que un capítulo en la historia del cristianismo está llegando a su fin y que es hora de prepararse para esto? ¿qué viene?

Esta era de vacío en los edificios de las iglesias puede revelar simbólicamente a las iglesias su vacío oculto y el futuro que les puede esperar, si no hacen un esfuerzo serio por mostrar al mundo una cara completamente diferente del cristianismo.

Hemos intentado demasiado para convertir el mundo ("los otros"), y mucho menos para convertirnos a nosotros mismos, no a través de una simple "mejora", sino mediante una transformación radical de "ser cristiano". "Estático en un dinámico" cristiano en ciernes ". Quizás deberíamos aceptar el ayuno actual para los servicios religiosos y el funcionamiento de la Iglesia como "kairos", un tiempo para detenerse y participar en una profunda reflexión ante Dios y con Dios.

Cuando la iglesia medieval hizo un uso excesivo de la prohibición como sanción y luego de estas "huelgas generales" de toda la maquinaria eclesiástica, los servicios religiosos fueron suspendidos y los sacramentos ya no se administraron, la gente comenzó a buscar cada vez más una relación personal con Dios, una "fe desnuda". Las fraternidades laicas y el misticismo han experimentado un gran auge. Este desarrollo indudablemente ha ayudado a allanar el camino para la Reforma, no solo la de Lutero y Calvino, sino también la reforma católica vinculada a los jesuitas y el misticismo español. Quizás hoy, el redescubrimiento de la contemplación podría ayudar a completar el "camino sinodal" para un nuevo Consejo reformador.

Una llamado a la reforma

Estoy convencido de que ha llegado el momento de pensar en cómo continuar el movimiento de reforma que el Papa Francisco considera necesario: no intentos de regresar a un mundo que ya no existe, ni recurrir a simples reformas estructurales externas, sino más bien un cambio hacia el corazón del Evangelio, "un viaje a las profundidades".

No veo cómo los sustitutos artificiales, como la televisión de masas, serían una buena solución en un momento en que está prohibido el culto público. El paso a la "piedad virtual", la "comunión a distancia" y la genuflexión frente a una pantalla de televisión es realmente algo extraño. Quizás deberíamos tratar de vivir la verdad de la palabra de Jesús: "Donde dos o tres personas están reunidas en mi nombre, yo estoy con ellas". ¿Estamos realmente respondiendo a la falta de sacerdotes en Europa importando "repuestos" para maquinaria de la Iglesia del suministro aparentemente inagotable en Polonia, Asia y África? Por supuesto, debemos tomar en serio las propuestas del Sínodo para la Amazonía, pero al mismo tiempo debemos dar más

espacio al ministerio de los laicos en la Iglesia; no olvidemos que en muchas áreas la Iglesia ha sobrevivido sin clero durante siglos.

Este "estado de emergencia" bien puede ser el indicativo de la nueva cara de la Iglesia, de la cual hay precedentes en la historia. Estoy convencido de que nuestras comunidades cristianas, nuestras parroquias, nuestras congregaciones, nuestros movimientos eclesíásticos y nuestras comunidades monásticas deben buscar acercarse al ideal que dio origen a las universidades europeas: una comunidad de alumnos y maestros, una escuela de sabiduría, donde se busca la verdad a través del debate libre y también la contemplación profunda. Tales islas de espiritualidad y diálogo podrían ser la fuente del poder curativo para un mundo enfermo. En vísperas de las elecciones papales, el cardenal Bergoglio citó del Apocalipsis: "Cristo se para a la puerta y llama". Añadió: hoy Cristo está tocando el interior de la Iglesia y quiere salir. Tal vez eso es lo que acaba de hacer.

¿Dónde está Galilea hoy?

Durante años he estado reflexionando sobre el conocido texto de Friedrich Nietzsche sobre el "loco" (el bufón que es el único autorizado para decir la verdad) que proclama "la muerte de Dios". Al final del capítulo, el loco va a la iglesia a cantar "Requiem aeternam deo" y pregunta: "Después de todo, ¿qué son realmente estas iglesias si no son las tumbas y tumbas de Dios?" Debo admitir que, durante mucho tiempo, ciertos aspectos de la Iglesia me recuerdan las tumbas espléndidas y frías de un dios muerto.

Este año, la mayoría de nuestras iglesias probablemente estarán vacías. Es en otra parte donde leeremos los textos del Evangelio sobre la tumba vacía. Si el vacío de las iglesias nos evoca la tumba vacía, no ignoremos la voz de arriba: "Él no está aquí. Él ha resucitado. Él te precede en Galilea".

Una pregunta puede estimular nuestra meditación durante esta extraña Pascua: ¿dónde está Galilea hoy donde podemos encontrarnos con el Cristo vivo?

La investigación sociológica indica que, en todo el mundo, el número de "residentes" (tanto los que se identifican plenamente con la forma tradicional de religión como los que afirman el ateísmo dogmático) está disminuyendo mientras que el de "buscadores" está aumentando. Además, por supuesto, hay un número creciente de personas "apáticas" (personas que son indiferentes a las preguntas de religión o la respuesta tradicional que se les da). La línea principal de demarcación ya no está entre aquellos que se consideran creyentes y aquellos que dicen ser no creyentes. Hay investigadores, tanto entre los creyentes (aquellos para quienes la fe no es una herencia sino un camino) como entre los no creyentes que, aunque rechazan los principios religiosos propuestos por quienes los rodean, sin embargo, sienten el ardiente deseo de "una fuente" que puede calmar su sed de significado.

Estoy convencido de que la Galilea de hoy ", donde tenemos que ir en busca del Dios que ha pasado por la muerte, es el mundo de los "buscadores".

La Teología de la Liberación nos ha enseñado a buscar a Cristo entre los marginados de la sociedad. Pero también es necesario buscarlo entre las personas que están marginadas dentro de la Iglesia misma, entre aquellos "que no nos siguen". Si vamos a unirnos a ellos, como discípulos de Jesús, tendremos que renunciar a mucho.

En busca de Cristo entre los buscadores

Muchas de nuestras viejas nociones sobre Cristo deben ser abandonadas. El Resucitado se transforma radicalmente por la experiencia de la muerte. Como leemos en los Evangelios, incluso sus familiares y amigos no lo reconocieron. No tenemos que tomar todo lo que se nos dice al pie de la letra. Podemos persistir en querer tocar sus heridas. Además, ¿dónde podríamos encontrarlos con seguridad, si no en las heridas del mundo y las de la Iglesia, en las heridas del cuerpo que él tomó sobre él?

Debemos abandonar nuestras intenciones de proselitismo. No entramos en el mundo de los buscadores para "convertirlos" lo más rápido posible y encerrarlos dentro de los límites

institucionales y mentales existentes de nuestras Iglesias. Jesús mismo, que estaba buscando las "ovejas perdidas de la casa de Israel", no las trajo de vuelta a las estructuras del judaísmo de su época. Sabía que el vino nuevo debía ser vertido en odres nuevos.

Queremos extraer cosas nuevas y viejas del tesoro de la tradición que se nos ha confiado e integrarlas en un diálogo con los investigadores, un diálogo en el que podemos y debemos aprender unos de otros. Debemos aprender a expandir radicalmente los límites de nuestra comprensión de la Iglesia. Ya no es suficiente para nosotros abrir magnánimamente una "corte de los gentiles". El Señor ya llamó a la puerta "desde adentro" y salió, y depende de nosotros buscarlo y seguirlo. Cristo entró por la puerta que habíamos cerrado por miedo a los demás. Cruzó el muro con el que nos rodeamos. Abrió un espacio cuya escala y amplitud nos marearon.

En el umbral mismo de su historia, la Iglesia primitiva de los judíos y los paganos experimentó la destrucción del Templo en el que Jesús oró y enseñó a sus discípulos. Los judíos de esa época encontraron una solución valiente y creativa: reemplazaron el altar del Templo destruido con la mesa familiar judía, y la práctica del sacrificio con la oración privada y comunitaria. Reemplazaron las ofrendas quemadas y los sacrificios de sangre con el "sacrificio de los labios": reflexión, alabanza y estudio de las Escrituras. Casi al mismo tiempo, el cristianismo primitivo, desterrado de las sinagogas, buscaba una nueva identidad propia. Sobre los escombros de las tradiciones, judíos y cristianos aprendieron a leer la Ley y los profetas y a interpretarlos sobre nuevas bases. ¿No estamos en una situación similar en estos días?

Dios en todas las cosas

Cuando Roma cayó a principios del siglo V, hubo muchos que se apresuraron a dar una explicación: los paganos lo veían como un castigo de los dioses debido a la adopción del cristianismo, mientras que los cristianos lo veían como un castigo de Dios infligido a Roma, que había seguido siendo la ramera de Babilonia.

San Agustín rechazó estas dos explicaciones. Fue en este momento crucial que desarrolló su teología de la lucha centenaria entre dos "ciudades" opuestas, no entre cristianos y paganos, sino entre dos "amores" que habitan el corazón del hombre: el amor cerrado a la trascendencia (amor sui usque ad contemplatum Deum) y al amor que se entrega y así encuentra a Dios (amor Dei usque ad contemplatum sui). El período actual, donde estamos presenciando un cambio de civilización, ¿no exige una nueva teología de la historia contemporánea y una nueva comprensión de la Iglesia?

"Sabemos dónde está la iglesia, pero no sabemos dónde no está", nos enseñó el teólogo ortodoxo Evdokimov. Lo que el último Consejo dijo sobre la catolicidad y el ecumenismo quizás deba adquirir un contenido más profundo. Ha llegado el momento de ampliar y profundizar el ecumenismo, de "buscar a Dios en todas las cosas" con mayor audacia.

Podemos, por supuesto, aceptar esta Cuaresma con sus iglesias vacías y silenciosas como una simple medida temporal, breve y pronto olvidada. Pero también podemos darle la bienvenida como kairos, un momento oportuno "para entrar en aguas más profundas" y buscar una nueva identidad para el cristianismo en un mundo que está cambiando radicalmente ante nuestros ojos. La pandemia actual ciertamente no es la única amenaza global que nuestro mundo enfrentará hoy y en el futuro.

Demos la bienvenida a la temporada de Pascua que viene como un llamado a buscar a Cristo nuevamente. No busquemos la vida entre los muertos. Vamos a buscarlo con audacia y tenacidad, y no nos sorprendamos si se nos aparece como un extraño. Lo reconoceremos por sus heridas, por su voz cuando nos hable en privado, por su Espíritu que trae paz y elimina el miedo.